

para morir desnuda y entera nuestra muerte.
Es un chorro, de pronto, como el tronco oloroso
de un árbol derribado que golpea la tierra,
Cuerpo blanco de Cristo como un rayo de luna.
Y tú, que estabas hecho de varonil esfuerzo,
aceptabas la ayuda de su fulgor inerme.
Y era el morir pausado de ese Cuerpo en el tuyo
el paso repetido con que abre el arado
los surcos, era el manso romper de la semilla
y el arraigar suave del trigo en la besana.
Era un níveo, y sumiso, y oculto derretirse
de la vida en sus miembros y del pan en tu boca.
Era...

Y tú estabas solo, sin mirar, pero viendo
lo que tus ojos—pobres pajarillos que, amantes
de su prisión, se sienten en libertad—creían...